l Papel de la Familia en Proporcionar un Nivel de Vida Adecuado a sus Miembros

En las últimas décadas podemos advertir una crisis de valores sociales a nivel global. Siendo el individualismo el estilo de vida imperante, vemos cómo en nuestras sociedades se da un fenómeno que es transversal a todos los niveles socioeconómicos: Las personas son cada vez menos felices. Depresión, angustia, insatisfacción, apatía y desinterés por lo político y lo social, escasa participación cívica, conductas de violencia, corrupción, incumplimientos de deberes, incomunicación, etcétera, son los síntomas que observamos. Aun cuando es un tema moral y social, dada la dimensión social del ser humano, está condicionado por las circunstancias político – administrativas de los países.

Las políticas públicas basadas en ideologías que pretenden negar a la familia el papel fundamental que le corresponde en el desarrollo de la sociedad y, por ende, de los países, han llevado a los individuos, de un modo más o menos consciente, a buscan ser felices eligiendo lo que más placer les pueda dar, equilibrando la búsqueda de su interés propio con el de los demás para coexistir con los menos conflictos posibles. Pero esto trae aparejado la ausencia de vínculos, de valores comunes, el sentido de la cooperación es escaso; se tiende a llevar vidas en solitario y a la vez los sujetos son excesivamente dependientes de que se les valore no por lo que son sino por lo que tienen y producen. Tanto vales, cuanto aportas, podría ser el lema de la cultura imperante.

La vida en sociedad ha ido deteriorándose, y el desajuste que eso produce, termina afectando, a su vez, a la sociedad. Una sociedad que se asienta en la promoción de los derechos individuales, acaba fracturándose. La fragmentación social y el desinterés de los sujetos por el bien común, es el resultado de la fórmula social del interés propio de unos pocos o de un grupo, por sobre el bien común de la sociedad toda. El problema no es solo que las corrientes ideológicas imperantes en la actualidad hayan fallado en la educación para los valores fundamentales basados en la dignidad intrínseca del hombre -condición necesaria para una vida social sana-, sino que se ha exagerado en educar para una autonomía mal entendida, reducida a emancipación.

La familia no es neutral, se construye sobre una valoración de la vida que proyecta en sus miembros y, como es la primera responsable de esas vidas, es el agente primordial de mostrar los valores que se consideran fundamentales para desarrollar el proyecto vital. Si el Estado decide llevar a cabo enseñanzas sobre valores, que tengan carácter de obligatorias, deben en primer lugar llegar a un acuerdo con las familias y para ello es necesario un diálogo que incluya escuchar las distintas realidades presentes en un país, el respeto por las creencias, y la conciencia clara de que es la familia y no el Estado la realidad primera y natural donde se desarrolla el ser humano. Esto es particularmente importante en aquellos casos, cada vez más frecuentes, en que la acción del Estado implica la realización de conductas opuestas a la propia conciencia.

La familia tiene un papel insustituible en la educación social de sus miembros. La familia es la célula social básica de la que depende en gran parte la salud y el desarrollo social por su repercusión en las personas. Las funciones que se le asignan a la familia, como por ejemplo, la socialización, asistencia, cuidado, provisión de bienestar, llevan a concluir que es preciso revitalizar a la familia, y para tal efecto, se elaboren políticas públicas para su protección y promoción. La familia no es sólo una cuestión privada sino que tiene una repercusión pública, así lo señaló el Consejo de Europa el año 2006.

Una vida familiar de calidad se caracteriza por unos vínculos sostenidos en la aceptación y reconocimiento de la vida e identidad de cada uno de los miembros de la familia, lo que conlleva afectos, compromiso, donación, servicio con un horizonte que da un proyecto de vida común, afianzado en la interrelación de unos y otros. En la familia se entrecruzan historias de vida y esto no es sino la vida social.

La familia, unidad de vida social en sí misma y responsable de la marcha de la sociedad, sirve para que las familias se configuren como espacios donde los individuos aprenden con la vida práctica que pueden contribuir al desarrollo sostenible de las sociedades pues los objetivos por los que trabajan repercuten en la salud y desarrollo sociales. Si una persona está cuidada en su familia y aprende a comprometerse con los miembros de su familia, incorpora unas cualidades –valores, actitudes, sentimientos, hábitos– que le facilitan la adaptación e integración sociales; las personas con escasa calidad de vida familiar cuentan con menos motivación para la participación.

La familia es también el ámbito donde se ensayan y aprenden competencias de ciudadanía, las familias que se asocian a otras y establecen un diálogo con otros organismos sociales –administraciones públicas, empresas, profesionales de diversos ámbitos, etc.–; trabajan por sus familias pero se sitúan al mismo tiempo fuera de ellas, colaborando en la sociedad, por lo que están en condiciones de captar la repercusión de la cooperación o no colaboración entre distintas instituciones sociales, y por ello en condiciones de vislumbrar necesidades, oportunidades, fomentándose más responsabilidad.

 En la familia se crea un entorno en el que los hijos aprenden qué es preocuparse con otros de asuntos sociales, observan los beneficios de integrar equipos para mejorar la vida y aprenden que la respuesta ante la falta de ayuda a sus necesidades por parte de algunas instituciones no es la resignación y que es preciso luchar por ello con medios pacíficos y legítimos, democráticos.

La familia juega un papel básico en la formación de buenos ciudadanos, asegurando una base que hará posible esta educación y que radica en el bienestar de sus miembros. Numerosas investigaciones –en el área psicológica– giran sobre cómo prevenir conductas antisociales, hábitos nocivos para la salud y enfermedades mentales desde la calidad de la vida familiar. Existe consenso en que las relaciones entre padres e hijos son siempre un factor que repercute en el bienestar, socialización y educación de competencias sociales de los hijos. El proceso por el que una persona desarrolla su identidad y se capacita para ser autónoma y responsable está interrelacionado con la vivencia de las relaciones sociales, y las más influyentes son las familiares --porque son las primeras relaciones en la vida y porque suponen vínculos íntimos–. Es ahí donde el sujeto aprende identidad pero también aprende responsabilidad y reciprocidad sobre la base de la identidad de los demás. La dinámica familiar, centrada en las relaciones interpersonales, es fundamental tanto en el tema de la autonomía como el de la responsabilidad. En este punto cabe destacar el impacto educativo de algunos elementos que sólo el hogar puede proveer, como son las buenas relaciones intrafamiliares, el equilibrio entre control y afecto, la claridad y jerarquía sobre los valores, la calidad y cantidad de las explicaciones acerca de los comportamientos que se deben hacer o los que se deben evitar, la coherencia de los padres, el acuerdo entre ellos, etcétera.

Es necesario volver a valorar la aportación social de la familia y hacer llegar este mensaje en primer lugar a las propias familias, a la sociedad civil y a los Estados. Hacer familia es también hacer sociedad. Los valores personales, familiares y sociales se encuentran estrechamente relacionados.

 Carmen Croxatto

 Red por la Vida y la Familia

.